

ADMINISTRACION.

6, PINO, 6, BARCELONA.

PUNTOS DE SUSCRICION

BARCELONA.

En la Administracion, 6, Pino, 6, y en las principales librerías.

MADRID.

San Martin, Puerta del Sol, 6, y en el resto de España y Américas en casa de todos los corresponsales de esta Administracion.

SUSCRICIONES Y ANUNCIOS

DEL EXTRANJERO

GUSTAVO BENTFELDT.

Madrid.

Pedidos y reclamaciones á la Administracion, 6, Pino, 6, Barcelona. Pueden hacerse las suscripciones desde fuera, dirigiéndose á la Administracion y acompañando su importe en sellos de correo.



ROJA

PERIODICO POLITICO JOCO-SERIO

SE PUBLICA A LO MENOS UNA VEZ CADA SEMANA

LA MOSCA ROJA, número corriente cuesta 15 céntimos de peseta en toda España.— Queda absolutamente prohibido á los revendedores exigir un precio mayor por ella

PRECIOS de SUSCRICION.

BARCELONA.

Tres meses... 8 Rs. Seis meses... 16 » Un año... 32 »

PROVINCIAS.

Seis meses... 20 » Un año... 40 »

ULTRAMAR Y ESTRANJERO

Seis meses... 40 » Un año... 80 »

NÚMERO SUELTO CORRIENTE, ORDINARIO

En Barcelona, 4 CUARTOS

En el resto de España, 15 Cs. de Pta.

NÚMERO ATRASADO,

En toda España, 25 Céntos. de Peseta.

REGALOS A LOS SEÑS. SUSCRITORES

Verificándose la suscripcion por 1 año, pueden obtenerse las ventajas siguientes:

- 1.ª—Rebaja de un 10 por 100 sobre todas las obras que publique la administracion de este periódico, 6, Pino, 6, Barcelona.
2.ª—Regalo del Almanaque de la Mosca para 1883.

¡¡SIN LÁMINA!!

No podemos publicarla como de costumbre á causa de una inesperada enfermedad sobrevenida á última hora al artista encargado de la misma, no pudiendo tampoco sustituirla por otra de las preparadas, por carecer de actualidad en estos momentos de marasmo y espectacion política.

Daremos dicha lámina en un número extraordinario y para no interrumpir por primera vez, despues de cuatro años de existencia que tiene LA MOSCA, su marcha regular y fija, aprovechamos á última hora el espacio destinado á las caricaturas, para publicar en él algunas cuartillas más de lo ordinario, de la intesante novela realista del Sr. Solá, MISTERIOS DEL HOSPITAL, que con tanta avides leen nuestros favorecedores.

Dicha obra toca ya á su término y en breve empezaremos la publicacion de otra no menos notable en su género, titulada: LA CASA DE LAS MUJERES BONITAS, escrita por el reputado novelista Lemaine.

LA HIPOCRESÍA

Me voy convenciendo de que la hipocresía es preciso declararla artículo de primera necesidad.

El que no es hipócrita, no vive.

En este siglo, á nadie le hace gracia que le presenten la verdad desnuda, ni aún siquiera en traje de verano.

Las palabras, los gestos, los ademanes, en fin, todo ha de ir encubierto con el manto de la hipocresía. Manjo que la mayor parte de las veces sirve de escala para ascender á elevadas posiciones.

Pretende V. cualquier cosa, por justa, por razonada que sea y si no empieza V. alabando á la persona que ha de realizar su peticion, no conseguirá V. ni una leve esperanza.

Si va V. á casa de un señor diputado á rogarle que le tenga presente en la primera vacante que haya en tal ó cual departamento del Estado, comienza V. á manejar el incensario desde que pisa los umbrales de aquel domicilio.

Se apodera V. del tirador de la campanilla, lo agita y en el momento en que ésta suene exclame V. alto para que lo oigan allá dentro:

—¡Qué campanilla! ¡Qué sonido! ¡Qué buen gusto tiene este señor para las campanillas!

Así que se encuentre V. ante la respetable persona del señor, diputado principia V. de esta forma:

—¡Servidor de V. E., señor representante de la provincia! Vengo á felicitarle por su último discurso sobre los carros de tres ruedas (ó sobre lo que haya versado). ¡Qué pensamientos, qué fluidez de palabras elegantes, qué modo de beber agua tan despreocupado, qué manera de toser tan á tiempo! ¡Ah, señor diputado, ha conseguido V. E. la derrota del ministro de Fomento! ¡V. E. será llamado el martes, ó lo más tarde el miércoles! ¡Ya lo creo que sí! ¡Pues no faltaba más! ¡V. E. es un genio y un hábil político! ¡Qué talento ha brotado de mi provincia! ¡Ya decia yo que el señor diputado alcanzaria la breva! ¡Y la de Fomento, nada más!

Si oira V. así satisfarán sus deseos, por extravagantes que sean.

El que no es hipócrita hasta ese extremo no puede lograr lo que solicite, porque si suprime la ridicula adulacion, temiendo que descubran su hipocresía, tan agradable á ciertas gentes, entónces lo despreciarán y lo tacharán de necio.

Yo tengo un amigo que es el primer hipócrita del mundo. Es un verdadero jesuita.

Mi amigo me ha dicho en más de una ocasion: —¡Si no fuese tan hipócrita estaria hecho un pelele! Y es cierto.

El come, bebe, tuma y viste á costa de su adulacion. Frecuenta reuniones de alta sociedad, asiste á toda clase de espectáculos y en todo figura el primero.

Su refinada hipocresía se lo proporciona. Hace algun tiempo que, por mi desgracia, asistí á un concierto casero, del cual resultó lo siguiente:

La niña de la casa era demasiado fea y cantaba demasiado mal.

La niña tuvo la avilantez de aturdirnos los oídos y yo tuve la poca hipocresía de soltar la carcajada.

No lo pude remediar. ¡Puso una boca tan horrible, la endemoniada diva!

Mi amigo, por el contrario, la colmó de alabanzas y se atrevió á decirle, con la mayor seriedad, que era una segunda Patti.

Ella se lo creyó, los padres se lo creyeron y mi amigo se vió obsequiado con dulces, cigarros y bebidas.

A mí no me brindaron ni siquiera con un bizcocho duro. Presumiendo el papel que me estaba designado, me despedí de la amena reunion y abandoné aquella casa donde sólo se obsequiaba á la hipocresía.

Pocos dias despues volví á tropezar con mi amigo.

—¡Hombre, qué imprudente fuiste!—me dijo.—No puedes imaginarte cómo te pusieron apenas saliste de la habitacion. ¡Qué trabajo te hubiese costado haberte hecho eco de mis elogios!

—¡Mucho!—le contesté;—¡yo no he nacido para hipócrita, yo digo lo que siento!

—Haces mal,—me objetó.—Mira, una de las ventajas que ofrece la adulacion: hoy he recibido esta carta. Léela.

La carta decia: «Mi más estimado é inseparable amigo: Tengo el elevado honor de invitarte á una espléndida comida que el jueves celebraremos en loor de usted. La armoniosa voz de mi bella hija se escuchará durante la sopa, cantando una aria de bajo, original de este humilde servidor y músico q. s. m. b.—JUAN CHARCO.

«Postdata.—Ruego á V. encarecidamente no se permita traer al caballerete grosero que se atrevió á reirse de los dulces cánticos de la hija mia.»

—Procura que no te se indigeste la comida,—repuse devolviéndole la epístola,—y le dices á tu Patti que Dios le

consERVE muchos años su privilegiada garganta y sus chistosos mohines.

Siempre que vuelvo á encontrar al hijo de la hipocresía, se apresura á relatarme los nuevos triunfos obtenidos en su carrera.

Ayer vino á buscarme, saltando de gozo. —¡Hé aquí el premio de mi última hipocresía!—dijo mostrándome una credencial en la cual se le nombraba oficial de la clase de primeros de una delegacion de Hacienda, con el haber de tres mil quinientas pesetas y manos libres.

—De qué grado de hipocresía te has valido para adquirir este lugar en el presupuesto?—le pregunté.

—Del grado superlativo,—me contestó.—He llamado sensatisimo al Gobierno, desde las columnas de un periódico independiente.

—Has llegado al colmo de la cualidad que te distinguió. Te felicito por tu valor, y ya me voy convenciendo de que la hipocresía es preciso declararla artículo de primera necesidad.

MIGUEL MENDEZ.

LA APERTURA.

El dia que se abran las Córtes y penetre la algarada de políticos satánicos que ahora blasfeman y rabian, va á convertirse el Congreso en un campo de batalla. Las bocas serán cañones, proyectiles las palabras, los suspiros bayonetas, los estornudos metralla, los ademanes castillos y disparos las miradas. El que coja entre sus manos la tradicional campana, tendrá que tocar á tuego para ahueyentar la manada de aquellos lobos atroces que hasta los huesos se tragan. El marqués de Vega Armijo se enredará en esta zarza, y saldrá todo arañado por la expedicion monárquica. Sagasta... No sé que hará Práxedes Mateo Sagasta; pero no hará nada bueno porque bueno no hace nada. Ya veremos lo que viene, ya veremos lo que pasa en el próximo combate que en las Cortes se prepara. Los canovistas, los Zurdos, los que al de Campos proclaman, los que á Beranger admiran, los sagastinos, los carcas, los posibilistas tímidos (que pronto usarán enaguas,) todas estas sanguijuelas que le chupan sangre á España, piensan triunfar en la lucha de la futura jarana.

MIGUEL

## PICADURAS.

El Norte al morir declara que el Sr. Moret entiende que la benevolencia de los posibilistas tiene valor porque viene de republicanos.

Pues nosotros creíamos que los posibilistas no eran republicanos.

Su verdadero nombre está en ese adjetivo; pero hay que suprimir algunas letras para dejarlo en limpio.

En Villanueva de la Reina (Jaen) han sorprendido una casa de juego en el ejercicio de sus funciones.

Nosotros estábamos en la inteligencia de que se permitían los juegos de azar.

¿No mandan los Zurdos?

Ellos son un juego de azar como otro cualquiera.

O de más azar porque estamos todos azarados.

Leemos en un colega que el ministro de Ultramar tiene en estudio la cuestión llamada del cepo y del grillete, la cual ha de resolver en el sentido que reclama la opinión liberal.

¿Hacer D. Estanislao tan humanitaria obra?  
Abren Vdes. las piernas  
para que pase la bola.

Dice un periódico, que los profesores de la Escuela provincial de Málaga tienen que abandonar las clases después de estar á oscuras una hora con sus discípulos, esperando que iluminen el interior de la tenebrosa Escuela.

Y luego aseguran que estamos en el siglo de las luces!

El Ministro de la guerra para demostrar su ingenio está haciendo ¡voto á Arsenio! cada reforma que aterra. Cierta movimiento extraño notó y sin pararse en mientes desarmó á sus escribientes para que no hicieran daño. Dominguez, Zurdo Guerrero, tu prudente obra consumes si hastas les quitas las plumas, por ser las plumas de acero.

El Motin y La Gorda han sido llevados á los tribunales. Primera cosa torcida de los Zurdos.

Martinez Campos ha dicho que está resuelto á no mezclarse más en política.

Al saber esta desgracia nos hemos echado á llorar como Zurdos sin Credenciales. ¡Que pena que se haya picado el General del Campos!  
Que lo contenten.

Un Sereno de Madrid encontró en la calle de Mellizo 23 cartuchos metálicos y 4 balas.

Si Martinez Campos hubiera estado de Ministro de la guerra suspende las garantías Constitucionales.

¡Era tan precavido!...

Leemos:

«Entre Almería y Garrucha se va á construir un ferrocarril económico»

Vamos, un ferro-carril que con dos libras de carbon estará andando toda una semana.

Un periódico simpático al gobierno exclama mal humorado:

«Los que dicen que la conciliación entre la mayoría constitucional y el gobierno ha de romperse, pretenden asegurar en pleno día que están en la noche.»

Sagasta es quien nos ha enseñado á abusar de ese sofisma.

El tiene la culpa, porque siempre está diciendo que lo negro es blanco y lo blanco es negro; hasta que un día le salga rojo.

Moret y D. Alfonso han estado enfermos estos días.

LA Mosca celebrará infinito que esta indisposición tenga el mejor resultado que á España tanto le conviene.

Ha llegado á Madrid el nuevo Ministro del Japon. Sin duda para prohibir la falsificación de abanicos japoneses.

Qué pronto lo hemos adivinado!

Un diario de Madrid se lamenta de que cuando ciertos célebres duques regresan á la Corte no les registran los bultos que llevan consigo.

Es muy lógico.

A esta familia no le van á estar registrando siempre los bultos.

Ya no hay instancia de parte.

Eso ya pasó; mejor dicho; no pasó.

No hubo fractura.

Un izquierdista malagueño ha dicho públicamente en un Café de aquella población, que de Marbella, Coin y Güero han pedido al Ministro de la guerra estas raciones de carne: Cuarenta estamos todas las plazas de Peones

Camineros de la provincia, todos los puestos del ramo de Correos del Distrito, ascensos para todos los funcionarios (hechura Dominguez) y trescientas credenciales para la juventud tímida.

¡Que desenfreno!

Hay motivos para que el General presente la dimisión.

¡Caracoles! ¡que paisanos más liberales tiene el de Marbella!

Hoy quieren comerse á España ¡mañana se tragarán al General!

¡Antropófagos!

—Casi asombrados, leemos en un periódico:

«Modo de hacer vinos sin uvas. Modo de hacer aguardientes en pocos minutos, sin alambique, calderas ni fuego.»

Siguen las señas de la casa falsificadora etc.

Tenemos por seguro que dentro de un mes toparemos con un anuncio de esta importancia:

«D Fulano de tal, que vive en tal parte, enseña, á todo el que lo solicite, á vivir sin comer.»

Los zurdos decían antes de cojer la breva:

—Cuando seamos poder, estableceremos el sufragio y tendrán voto todos los ciudadanos que hayan cumplido veinticinco abriles.

Y ahora los zurdos vocean:

—Podrán votar con nuestro programa de gobierno, todos los que tengan veinticinco años y sepan leer y escribir.

Y más tarde concluirán diciendo:

—Votarán todos aquellos que profesen doctrinas zurdas. Los demás solo tendrán voto cuando digan ¡voto á bríos! ó ¡voto al chápiro!

El Círculo de la Izquierda de la corte, se ha convertido en un cotarro.

Los famélicos socios piden á cajas destempladas que el presupuesto les abra los brazos, y los destinos no llegan con la precipitación que los desmayados zurdos exigen.

Añade un colega, que los ministros izquierdistas se hallan muy disgustados con esta vergonzosa zahurda.

Quien con niños se acuesta...

Tiene la palabra Moret.

Un periódico afirma que las tres cuartas partes de los niños Zurdos que han ido á Madrid pidiendo, se volverán á sus lares sin que les den.

Nosotros no lo creemos así.

A muchos les darán.

Imprenta La Renaixensa, Xuclá, 13, bajos.

78

## MISTERIOS DEL HOSPITAL

NARRACION REALISTA POR EL DOCTOR  
EMILIO SOLÁ

cuello, tenía llagas de fondo sucio que manaban líquidos formando verdaderas fuentes; mañana y tarde debía limpiarlas el practicante para que el pobre enfermo no se anegase en un baño de pus. A pesar de todo, su cama exhalaba un hedor empalagoso al que acudían gran número de moscas, como hubieran acudido al escaparate de una confitería. En el número 3 yacía un viejo con la mano derecha afectada de úlcera cancerosa llamada epiteloma: nadie hubiera dicho que aquello fuese una mano; figuraos dos libras de fresas despachurradas y revueltas formando papilla y figuraos que con esta pasta un escultor chapucero forma una mano grande y deforme, y figuraos, finalmente, que en vez del excitante olor de las fresas oleis allí algo como de perros muertos, en putrefacción. Ocupaba el número 4 un hombre hidrópico, hinchado de piés á cabeza, resollando fuertemente como si se ahogase; su piel blanca, amarillenta, lisa y brillante como el marfil bruñido, se había roto en varios puntos inferiores dejando salir un líquido claro como el agua, que, goteando, empapaba los colchones y como si pasase por un filtro llegaba al suelo, en donde las moscas iban á tocarlo, sin duda para saber si estaba bien filtrado. El número 5 contenía un hombre, amarillo por ictericia; su cabeza y extremidades azafrañadas y secas parecían de palo de casia, pero contrastaba con tanta flacura un vientre enorme, desigual, apabullado y durísimo. ¿Qué tenía aquel pobre dentro del vientre? El profesor había dicho *hepatotrofia* pero los alumnos esperaban la autopsia para saberlo de veras. Un sér de la raza negra ocupaba el número 6; en su rostro había cicatrices radiadas blancas, porque en los negros las cicatrices no son negras, lo cual se explica fácilmente aunque, si aquí lo explicase, nadie que no fuere médico me entendería. Tales cicatrices eran estigmas de una antigua sífilis secundaria, que retoñando y burlándose de todo remedio había producido accidentes terciarios viscerales; el pobre negro tenía grandes llagas en la boca, le habían caído los huesos de la nariz, y otros huesos del cráneo bamboleaban movidos por el pus, á punto de caerse; tosía fuertemente como los

tísicos y en su cuello formaban cadena una serie de tumores blancos perforados que dejaban fluir un jugo parecido á goma arábica disuelta en agua. El enfermo del número 7 parecía un saco lleno de huesos; sus carnes se habían evaporado por *atrofia*, de tal manera que la piel se plegaba sobre el esqueleto como si fuese trapo mojado; este flaco, cuya musculatura había pasado á la historia, no podía mover ningún miembro ni dilatar el pecho: estaba condenado á morir de *quietismo*. Agudos gritos daba el del número 8; sus piernas completamente negras y secas por la gangrena, se iban separando del cuerpo, como las ramas marchitas del árbol se desgajan del tronco; entre lo gangrenado y lo sano había una línea roja y dolorosa con chapas lívidas y jugos fétidos, y así como dicen de alguno que tiene ya un pié en el sepulcro, á ese podía decirsele que ya tenía dos. A su lado respiraba trabajosamente, en el número 9, un adulto afecto de aneurisma de la arteria llamada aorta, que sale del corazón; el aneurisma formaba un tumor grande y saliente por la pared anterior del pecho, tumor pulsátil y palpitante que hacía levantar la mano cuando alguien lo tocaba, como si debajo de aquella piel hubiese un mar tumultuoso. De un momento á otro podía romperse aquella piel y salir por allí toda la sangre del individuo en menos de medio minuto. Taciturno y desmirriado estaba el enfermo número 10; y con gran motivo; joven todavía, un tumor maligno había borrado su virilidad dejándole neutro: es decir ni hombre ni mujer, y para colmo de desventuras, el cuchillo quirúrgico, que había cercenado el resto para evitar la propagación del tumor, no había salido con la suya, y el mal avanzaba convergente con la más desastrosa muerte. El número 11... pero basta ya, que se me oprime el pecho y se atasca la pluma ante la enormidad de tantas patologías.... ¡Y pensar que estas se renuevan diariamente en aquel antro letal, y que al retirar de allí un cadáver, entra un vivo á sustituirle, esperando que los enterradores vayan por él á su vez!

Vargas no pensaba nada de esto; se había vuelto estóico y en sus adentros se reía como el filósofo de Abdera. Cuando pudo acercarse al desmañado suicida, vió que un profundo sopor le tenía convertido en una masa inerte.

Algunos alumnos llegaron entonces para medir la temperatura del paciente, metiéndole un termómetro en el hueco de la axila. En aquel tiempo empezaba á cundir la importancia de la termometría entre los

profesores españoles, gracias á un notabilísimo libro de Wunderlich sobre la significación del calorífico en los enfermos. Cervera, entusiasta de las innovaciones, á pesar de sus aficiones griegas retrospectivas, iba á la cabeza de los *termometristas*. También estuvo allí Puente, pero cuando se convenció del estado gravísimo del suicida y de su falta de conocimiento, se dispuso á retirarse con Vargas.

Cervera les detuvo para decirles que quedaban invitados á una sesión práctica el domingo por la tarde, en la cual probaría *in anima vili* el antagonismo entre la estricnina y el cloral. La función había de efectuarse en el domicilio del propio alumno, sito en la calle de la Paloma, número no sé cuantos, piso 4.º Puente prometió asistir y su amigo no aseguró nada.

Por la noche falleció el del balazo; víctima de un movimiento *bursátil* que había convertido sus cupones en papel mojado; bajó á la fosa, como otros desgraciados, apelando al poder de una pistola. Del mismo modo van al Hospital muchas mozas con las entrañas corroídas por el ácido clorhídrico (*sal fumant*) con cuyo licor pretenden desvanecer la rabieta de los celos, ó el desengaño habido con su amante, ó las disputas tenidas por chismes de vecindad. Toman el ácido para no sufrir, y mueren sufriendo rabiosamente.

En el Hospital, donde se ven muchos suicidas muertos ó moribundos, se puede decir: dime con qué te has matado y te diré quién eres. Verbigracia: si se trata de pólvora, es militar ó señor de levita; si de hoja acerada, barbero ó maestro de obra prima; si de fósforos, señorita romántica; si de ahorcamiento, si de *sal fumant*, niñera ó muchacha de servicio; si de narcóticos, estudiante de Medicina ó de Farmacia; si de gas carbónico, planchadora, y si de hambre, algún estúpido escapado de Manicomio, ó algún émulo de Tanner digno de entrar en él.

Hallándose Puente desocupado el domingo por la tarde, dirigió sus pasos al domicilio de Cervera. Cervera vivía con dos ó tres jóvenes á pupilo, ocupando todos un solo cuarto y una sola alcoba en la que apenas cabían tres camas. Superfluo sería describir un chirimbitil de estudiantes pobres, donde todo se halla *ordine turbato*; pequeña Babilonia en la que intervienen de consuno la olganza y la indolencia de los unos y el poco cuidado de los otros, y entre estos la pupilera, cuya escoba apenas se mueve de su rincón, dejándolo todo por hacer, con la excusa de que los estudiantes pagan poco y comen mucho.

Una mesita exclusiva de Cervera, contenía una

porción de libros, papeluchos, huesos y otras fruslerías; entre los primeros se veían tomos del teatro de Esquilo, la *Literatura griega* de Diaz, las *Oraciones de Demóstenes*, traducidas por D. Arcadio Roda, la gramática griega de Bergnes y otras publicaciones análogas, que explicaban la afición helénica de su dueño. Un voluminoso *in-foleo* con cubiertas de pergamino servía de tapadera al vaso de noche del estudiante: era el *Lexicon greco-latino* de Cornelio Schreveli, edición italiana del año 1778.

Habíanse reunido allí seis individuos, á mas del perro *sugeto y objeto* del experimento, esperando á Puente para empezar la funcion. Eran las tres de la tarde. La puerta de la habitacion estaba cerrada para evitar los indiscretos de la patrona, mujer llamada Susana, *ex-militara*, viuda de un cabo segundo de carabineros, que la dejó, por fin, en Badalona donde quedó enterrado despues de haberse muerto seco de insoluciones de fumar y de beber *aguas fuertes*.

Susana tenía un geniázo de la porra y sabia blasfemar en todos los dialectos, porque habia recorrido, cuando era *caba* segunda, todas las provincias de España. Sus huéspedes la temian por la lengua. Aquel día, Cervera habia tomado la precaucion de no participarle nada respecto á la operacion, para evitarse una letanía de mal digerir. Hasta hubiera sido capaz ella de impedir aquel estudio profanando la biología experimental, y echándoles todos los instrumentos á la calle sin contemplacion alguna.

—¿Se puede? señor Cervera, dijo la patrona empujando la puerta.

Cervera corrió á esconder el perro en el balcon y abrió.

—Allá fuera está uno que pide por V., dijo ella.

—Uno! diga V. una persona... Macho ó hembra? plebeyo ó cortesano?

—Ya empezamos, *jolin!* ¡qué con *usia* no se puede hablar!

—Respétame V., *doña* Susana, á estos señores, y diga quien hay.

—Pues, un *cabayero* muy *pijaito*, que pide por V.

—Será Puente. Que pase, volando.

—Y qué van á hacer *ostés?* Alguna llevan tramada cuando hay tanta *cuncurrencia*...

Cervera salió á recibir á Puente sin hacer caso de la vieja.

Cuando ambos entraron en el aposento, ésta continuaba pretendiendo saber lo que allí sucedería. Cervera la quiso despedir buenamente, pero no lo consiguió; hubo de usar otras mañas, gritando más que ella y llamándola *sobre-puerca*; hasta que agoviaba y oyendo las risas de los otros jóvenes, se fué renegando. Cervera cerró con llave y tapó el ojo de la cerradura. Susana por venganza dió un gran puñetazo á la puerta. Luego se oyó su vozarron que decía:—Tan *piyos* son los unos como los otros. Así, descargada, se fué á chismear con las vecinas.

—Vaya una lechuza que tienes, Cervera! dijo Puente.

—No la temo. Todo es cuestion de saberle seguir el genio, ó aturdirlo con cuatro berridos.

—Por qué la has llamado *sobre-puerca*?

—Porque se llama Susana. Mira: *Sus* en latin significa cerdo. *Ana*, en griego, es la preposicion *sobre*, *por*, etc.

—Si empezamos con tus monomanías, me voy, dijo Puente. Yo he venido para ver la operacion toxicológica y nada más.

—Al momento. Todo está preparado.

—Démos libertad al perro, que está en el balcon.

El perro quedó libre para caer en otra prision más bárbara. En el centro del aposento habían colocado un banquillo patas arriba, y en el hueco que estas dejaban agarrotaron, por medio de cuerdas y fajas, al pária de la raza canina; era un pobre pachon, súcio y legañoso que les habia vendido cierto gitano de Hostafranchs.

Temblaba y chillaba el animal, más de miedo que de gusto, y nó por la posicion, que no era incómoda, sino por lo que *pensaba* podría venir tras aquellos preparativos. Cervera puso allí cerca dos copas semilenas de un líquido trasparente, algunos instrumentos y una jeringa.

—Manos á la obra, dijo alegremente el protagonista cojiendo un escalpelo. Sostenedle las orejas al perillo, que vá á cantar y á bailar.

Dicho esto, dió un corte á la piel del muslo, buscó una vena gruesa, y la abrió, metiendo un canutito de metal en la abertura; luego sujetó el canuto con hilos y tapó para evitar salida de sangre.

El perro, agitando su cola, lanzó unos cuantos lardidos plañideros que indicaban un extremado terror. Entonces, Cervera, tomando una cucharada del líquido que habia en una de las copas la vertió en la boca del animal.

—Esta disolucion, añadió, contiene poquísima estricnina, pero ya bastará, porque los perros son muy sensibles á este veneno.

Enseguida desataron á la bestia y la dejaron suelta sobre una mesa. En breves minutos aparecieron los

síntomas del envenenamiento estricnico; el perro tuvo convulsiones, que empezando por las piernas, le hicieron caer de lado; intentó levantarse, otra convulsion, envarando sus miembros, le derribó; luego la rigidez llegó á su colmo; todo el cuerpo estaba tieso, las patas estiradas y temblonas, la lengua saliente y danzante, las fauces llenas de baba... El pobre pachon iba á morir.

Entonces, cargaron la geringa con una disolucion de cloral, la unieron al tubo que permanecía en la vena del muslo, y apretando el émol con suavidad, hicieron entrar el cloral en la sangre de la víctima. Dos minutos despues, como por ensalmo, cesaron las convulsiones y la agonía; el perro quedó durmiendo tranquilamente.

—¡E magnífico y piramidal este resultado! dijo Puente.

—*Eureka!* es este el verdadero *anti-dotis* de los téticos! exclamaba palmoteando Cervera. Nada de convulsiones, miradlo bien, nada de *hiperestesia*; las patas caen en relajación; los músculos están blandos. Esto se vé y se toca... ¡Vivan el positivismo y el sensualismo y el método experimental! ¡Abajo las utopías y los pujos de la imaginación! Ver, tocar y comprobar: hé aquí las bases de la Ciencia... todo lo demás es... fantasmagoría!

En esto, el perro, libre de la influencia del cloral, que es bastante pasajera, volvió á saltar tan convulso como antes.

—Hola! dijo Cervera un poco contrariado, ¿qué te pasa *canis* mio? ¿te gusta repetir el baile?

—Será preciso reforzar la dosis.

Otra vez inyectaron licor de cloral en la vena del muslo; muy pronto desaparecieron las convulsiones, y el perro, libre del accidente, quedó tendido y reposado, respirando sin espasmo.

—Todo vá bien. Como habíamos metido poco cloral, el veneno pudo más que el antídoto, pero esta vez no lo resiste; ya vereis al perro sano y bueno al despertar.

Pero á los diez minutos se reprodujeron las convulsiones; el infeliz cuadrúpedo se quedó envarado como si fuese de palo.

Cervera todo mohino, volvió á empuñar la jeringa.

—Pues señor, dijo, es muy rebelde y dura de pelar la tal estricnina, veremos si con un poco más de cloral desvanecemos los últimos destellos de su vigor convulsivo.

Otra inyeccion intra-venosa de cloral dominó los espasmos pero el perrito quedó muy quieto, muy sosegado, tan quieto y tan sosegado que parecia muerto y tanto lo parecia, que examinándole con detención se convencieron de que estaba real y positivamente muerto como todos los muertos.

—Buena la hicimos! exclamó Puente.

—Y viva el método experimental! dijo otro, en tono de mofa.

—Y qué? gritó Cervera exasperado, ¿os burlais del experimento? ¿pues no nos dice bien claro el antagonismo entre la estricnina y el cloral? ¿no véis, mejor que Santo Tomás, que el perro no ha muerto de estricnina?

—Ya, pero de qué sirve un contraveneno de tal calaña? si das poca dosis, no obra; si das mucha, mata. ¿Te atreverías á practicar este dilema en la cabecera de un enfermo?

—Yo nó, contestó Puente.

—Pues yo sí, dijo Cervera.

—¡Bárbaro! ¿lo dices de veras?

—De veras.

—Pues luego irías á la cárcel.

—No señor; porque hablo bajo el supuesto de que el enfermo fuese tambien un perro.

Puente tomó la palabra; nadie le interrumpió, porque, como buenos estudiantes, querian saber la opinion del que ya era profesor.

—La experiencia que acabamos de presenciar, aunque poco luminosa y escasamente útil en el terreno especulativo, tiene al menos la ventaja de sentar sólidamente un hecho: es decir, que las convulsiones se calman rápidamente bajo la accion interna del cloral. En cuanto á los medios para evitar la muerte, otros experimentos de tanteo y algunos cálculos de dosis, vendrán á ponerlo en nuestras manos, que no se ganó Zamora en una hora; y de paso se me ocurre una imágen para demostrar lo que en este perro ha sucedido. Figuraos que el perro es el pueblo español, y no me tildéis la comparacion, porque se trata de un perro flaco, tronado y lleno de pulgas. El cloral, medicamento moderador de los nervios, es el gobierno conservador ó moderado; la estricnina, que excita el sistema nervioso, es el gobierno exaltado, que todo lo exagera; la *flamarada* como le llaman en Cataluña. Cuando dominaba la estricnina, el perro estaba convulso, desordenado, sin norma ni concierto, y sin comer; luego le habeis dado moderantismo por medio del cloral y al momento lo visteis quieto, inerte, apático, holgazán y tambien sin comer. Cesa este *periodo histórico* y reaparece la anarquía nerviosa

engendro de la estricnina, y el perro sigue grave y sin comer; vuelve más tarde una invasion moderadora y estática, y el pobre can sufre más, y continúa sin comer, y así sucesivamente son tantos los cambios y los contrastes, el quietismo y el trágico, la calma y la bullanga, que el pobre paciente muere aburrido, de hambre y de fastidio. Así morirá la tierra de Tubal, como el perro, entre altos y bajos y ayunos.

—De modo, dijo Cervera, que ahora te tenemos político y profético?

—Me gusta meterme en todo.

—Has acabado tu *logos* hispano-perruno?

—Acabado lo hé.

—Pues entónces, vamos á practicar la autopsia del can.

Mientras cortaban la piel del difunto nadie abrió la boca; el comun silencio permitía oír los alegres aires de un organillo y las risotadas de las muchachas que jugaban en el terrado de la casa. Eran obreras, en su mayor parte lindas y graciosas, de las que viven en los barrios de poniente formando con los estudiantes una vecindad bulliciosa y divertida. Cuando, en los días de trabajo, unos iban á sus clases, y las otras á sus talleres, se saludaban por la calle ó por la ventana, con simples miradas y sonrisas de pícaro, porque el tiempo no les era propicio; pero, en llegando el domingo, todo el mundo subía al terrado por la tarde; ellos y ellas se reunían aunque hubiesen de saltar paredes, con riesgo de caerse mil veces, viniendo de otras casas de la misma *manzana*. El organillo alquilado por pocos reales, era la orquesta del sarao, y si formaba discordancia con los gritos y las carcajadas, en cambio contribuía mucho á aumentar la algazara y la bromá.

Mientras los estudiosos alumnos abrían el cuerpo del perro, se presentaron otros jóvenes, estudiantes, pero no de medicina, y lo desbarataron todo.

—¿Qué haceis aquí, bárbaros y cochinos? exclamó uno. ¿Para qué sirve la Sociedad protectora de los animales?

—Por qué no subís? todas las vecinas están aguardando! dijo otro.

—Vamos, dejaos de perros... ¿cómo se entiende? ¡tocar estas asquerosidades cuando podriais tocar la suavísima mano de Pilar y la donosa cintura de Rosita, y la...

—Un momento! interrumpió Cervera; esto se acaba y todos iremos arriba.

—Lavaos bien las manos, piara de mallorquines.

—Sin duda, dijo Cervera, y nos pondremos *queiro tecas* perfumadas.

—¿Qué es eso de *queiro tecas*?

—Quiero decir guantes.

—Lo ha dicho en griego, repuso Puente, para mayor claridad, como D. Hermógenes.

Por fin terminó la autopsia y los alumnos se lavaron las manos.

Envolvieron al perro en la *Crónica de Cataluña* que, como es el diario más grande que se publica sirve en todas las casas y tiendas para envolver géneros y objetos.

Luego lo dejaron en un rincón, con idea de arrojarlo á la calle por la noche.

—¿Vienes con nosotros? preguntó Cervera á Puente.

—Nó; tengo que hacer en casa.

—¿Es que no quieres rozarte ya con estudiantillos señor doctor?

—Siempre serás tipo. No subo porque no puedo.

—Vaya, decidete; verás chicas muy bonitas, te presentaré á mi novia, que es muy conocida de... *una conocida* tuya.

—¿Y qué me importa tu novia?

—Pues á mí sí que me importa! Es la Pitonisa que me cuenta todas las cositas de tu Herminia; y que me las cuenta *al pelo*.

—Y de qué la conoce?

—Toma! es la guantera de las señoras de Angu. Puente quiso conocer á la guantera.

## CAPÍTULO XXII.

*Lo que vió y aprendió Puente, en las alturas de los barrios de poniente.*

Callejuelas antiguas y callejones como culebrillas largas y rectas, estilo norte americano; de trazo hay por allí, pero todo súcio y roto como rincón de la gran ciudad. No veréis grandes patios, puerta cochera, ni escaleras de mármol, ni balcones con mirador de cristalería; ni asoman por las tiendas horteras emperejiladas; ni en las tardes de verano se ven mozos de café con bandejas llenas de sorbetes. Nada: es un barrio de ropavejeros, de estudiantes, verduleras, de empleadillos, de vendedores, de obreros y de bodegonos. Lo dicho: gente misera que vive trabajando, ó trabaja sin vivir, ó muere porque trabaja, ó acaba reventada de puro trabajar. Ni barrio de chulos, ni gitanos, ni ramera púlica

Apenas hay truhanes, ni *timadores*. No son mendigos; son los verdaderos pobres: los que ganan sin pedirlo, ni estafarlo, el pan con el sudor de su rostro, tal como Dios mandó.

¡Benditos barrios aquellos! menos zaragateros que el Lavapiés de Madrid y más honrados que las *Cité* de París y de Londres; pero no por esto menos dejados de la mano del municipio.

Su nomenclatura es vastísima y compleja, hay calles siderales, como la de *la Luna*; calles de condes como las de *Vifredo* y *Ferlandina*; calles de bestias feroces, como la del *Leon* y del *Tigre*; calles de animalitos mansos, como la de *la Paloma*; calles de Santos, como las de S. Gil, S. Vicente, y la Santa Virgen... etc.

En otros tiempos, cuando, entre revueltas y asonadas, los hombres se dejaban matar por Don Tal ó Don Cual, aquellos barrios eran el alma de los bullangueros, el centro de la sarracina, el baluarte de los paisanos contra la tropa. Aun quedan allí casas con fachada cribosa de balazos, como picada de vi-ruelas. Los que no quedan ya, ni por remedio, son aquellos bravos defensores de barricadas, que gritando con voz ronca: viva eso ya quello y muera lo de más allá, ofrecían su pecho á las bayonetas y al plomo certero del Gobierno. Los bravos han muerto; sus hijos trabajan, comen y se divierten, y cuando oyen tiros se esconden,

He aquí porque reina tranquilidad, hoy día, en los barrios de poniente.

La casa en que vivía Cervera, era como la de *To-came-roque*; muchas habitaciones y mucha gente. En los bajos, modistas y sastres; en el cuarto segundo un militar retirado y unas bailarinas; en los terceros, otras modistas; en el cuarto, cuatro habitaciones, á saber: N.º 1. *Ná Susana* con sus pupilos. N.º 2, unos murcianos que vendían dátiles por la calle. N.º 3, familia de jornaleros con una lechigada de niños y de niñas. N.º 4, muchos melones y granadas y dos valencianos que se ocupaban en el negocio de estas frutas.—No había quinto piso por milagro.

Aquella tarde, cuando los estudiantes entraron en el terrado, la reunion era completa. Un mapa de España formado por séres vivos. Había gente de todas las provincias. Niñas, todavía de corto, ratones de cuatro á cinco años, saltaban la cuerda, ó cantaban, haciendo corro, las cancioncitas propias de su edad, y también algunas impropias, como aquella de:

Me gustan los pollos;  
digo la verdad.  
Si son elegantes  
aun me gustan más.

Los muchachos, jugaban á novillos, y á *ladrones*, armando un estrépito del infierno. En un rincón unas mozas departían con sus galanes; otras y algunos estudiantes, se divertían con el juego de la gallina ciega, llamado allí *papút* ó *pupút*. Mas allá los valencianos meloneros daban lección de guitarra á un estudiante de farmacia. Un sastre del primer piso, aragonés, con su pañuelo de colores arrollado en la cabeza, cantava jotas vulgares: «*La Virgen del Pilar dice... etc.*» Otro sastre, andaluz, echaba seguidillas y *tiranas* con una bandurria. Tres viejas haciendo calceta, entre ellas Susana, hablaban del precio de las patatas y ponían el grito en el cielo porque el pan había subido de un cuarto por libra...

En el terrado de la casa contigua, separado únicamente por una barandilla de hierro, los vecinos adezaban un colosal gazpacho. Cada uno iba limpiando los componentes y echándolos al fondo de una anísima cazuela. Bacalao seco, galleta mojada, tomates, cebolla, guindillas, ajos, perejil, aceite, lechuga, osconilla, rábanos, pimienta, tiritas de jamon, vinagre, aceitunas y sal; de todo había. Un *cafarnaum* rudo. Gran merienda para aquella gente, cuyo apetito no necesitaba exordios de absentia ni de vermouth *Coilly-Prat*.

Puente, que había asistido á las reuniones del *gran mundo*, quedó admirado de la bulliciosa alegría que pintaba en todos los semblantes. Al contemplar á nos y otros, sintió una satisfacción envuelta en un apor de tristeza.—Son felices porque no piensan, ni aben, ni ambicionan!—murmuró. Enseguida, viendo la parte activa que los estudiantes tomaban en el orgorio, añadió mentalmente:—Estos piensan y saben, pero á su manera. Calculan que la vida es corta saben... aprovechar los buenos ratos.

¡Oh juventud escolar pobre! ¡Oh estudiantes que vivís en estrechos lugares y comeis cualquier cosa y alzais zapatos usados y raídos, y pasáis por el martirio de tener patronas regañonas y *sisantes*! no dejéis de divertirlos mucho, no perdáis un minuto de goce con vuestras vecinas y con vuestros compañeros, no mireis tíbiamente esa mancomunidad de cariño que os enlaza á todos ellos. Allí está la felicidad entera, la vida libre y alegre, sin trabas sociales, sin exigencias antiguas. Ni envidiosos, ni envidiados. Oh! estudiantes de sombrero mugriento y pantalon zurzido,

que haceis apuntes en la cátedra para evitar el gasto de comprar libros, y vivís sin dinero propio, por medio de conferencias, ó afeitando, ó dando *sablazos*!... Algun día, quizá, vuestro saber os abrirá las puertas de grandes palacios; algun día tendréis coche, ó seréis caballeros de Isabel la Católica, ó regentaréis alguna Audiencia, ó llegareis á médicos de Cámara, ó charlareis en el Congreso de diputados, ó vestiréis la muceta de catedrático, ó tendréis todos los goces del gran mundo y queridas de alto copete, ó inventaréis algo mejor que la pólvora... Pero, creedme: en medio de vuestra dicha, en el apogeo de vuestra gloria, en la posesion de vuestras riquezas, si alguna vez recordais aquellos tiempos de tronadura estudiantil... los echaréis de menos, porque la felicidad pura es galardón propio de la juventud; y más allá de los treinta años... sucede que... Zorrilla lo dirá mejor que yo:

«Es disposicion divina:  
toda humana criatura  
sobre la tierra camina  
royendo alguna amargura  
ú ocultando alguna espina.

Y el que más crece y se eleva,  
aquel venturoso al cual  
no hay ya poder que se atreva,  
ese es quien al cuello lleva  
más apretado el dogal.»

Cervera y su colega se metieron en todos los grupos. El gazpacho les llamó, sobre todo, la atención. Aquel se entretenía en mirar las cosconillas, diciendo que se llamaban en botánica; *picridium vulgare*, y poco á poco fué aplicando sus nombres técnicos á todos los demás vegetales de la cazuela.

—Déle V. un *metio*, *zeño* Cervera y la compañía, dijo uno de los que comían, alargando un tenedor de palo á los dos jóvenes.

—No me tiente V., amigo Gimenez, repuso Cervera, que esto está suculento... y hace abrir la boca.

—Pús... sin *cumplios*. Yo he sido *melitar*, y todavía lo soy por dentro. V. estudiante de *melecina*... Ya es cosa sabida: entré estudiantes y *soldaos* los cumplimientos son *excusáos*.

Allí todos ofrecieron con tal franqueza, que Cervera y Puente no pudieron rehusar, y comieron con gusto de aquella mixtura sólida.

—Quién paga? preguntó aquel á los del corro.

—San Bruno! fué la contestacion unánime.

Puente metió mano al bolsillo.

—¿Qué vá V. á hacer, señorito? gritó el ex-soldado.

—No dicen V. V. San Bruno? ¿cuánto nos toca á nosotros?

—¡Por Cristo!... V. V. han sido *invitáos* y no han de aflojar mosca.

—Entonces déjenme contribuir con cigarrillos.

Puente repartió toda una cajetilla.

—Pues yo pago *loj fósforos*, dijo otro, sacando un baul de cerillas.

Cervera y su amigo abandonaron el sitio de la merienda y siguieron recorriendo terrados, para lo cual saltaban paredes y tabiques como los *chicos* cuando toman el olivo; valga aquí la frase tauromáquica.

En todas partes lo mismo. Juegos, risas, organillo y baile, y escenas de color de rosa.

Cuando regresaban á su departamento, Cervera dijo señalando, con el dedo, en direccion á un grupo de muchachas:

—Ves aquella jovencita, vestida de negro, que está asomada mirando á la calle? pues aquella es mi novia, la *queiróloga*. La llamo así, porque conoce y estudia mucho las manos para hacer guantes, con mayor perfeccion.

—Y qué nombre tiene tu Helena?

—Lolita. Su madre la llama Dolores, pero yo la he puesto *Neuralgias* que es la palabra técnica correspondiente á dolores.

—Parece muy avispadita. ¿También le hablas en griego?

—Mucho. Mi primera carta de amor contenía tres citas de Eurípides, un párrafo de Herodoto, y una sentencia de Demóstenes.

—¡Pobre mujer! te amaré por lo extravagante.

—Las mujeres son poco escrupulosas en estética. ¿No ves todos los días damas hermosísimas que se enamoran de tipos verdaderamente raros y feos como osos?

—Pues aquí está la belleza del hombre; ya lo dice el refran.

En esto se aproximaron á Lolita; niña delicada, muy cándida, esbelta y flaca; rubia y sonrosada. No era bella, pero su semblante inspiraba gran simpatía. Con un poco de tos y fiebre éctica hubiera sido una tisiquilla encantadora.

Saludó ruborizándose y preguntó á Cervera porqué había subido tan tarde, en tono de reproche.

—Mi amigo Puente es testigo de que no fué culpa mía.

—Cierto, añadió éste, estábamos estudiando y el tiempo nos pasó sin notarlo.

—Este señor, preguntó la jóven á Cervera, es... el prometido de la señorita de Angulo, de que me hablas alguna vez?

—No lo soy todavía, amiguita, dijo Puente, el público lo esparce, pero no hay nada *oficial*.

—Pues yo, que paso allí muchas horas cosiendo ó confeccionando guantes, he oido decir que es cosa hecha.

—Y á quién lo ha oido decir?

Lolita enrojació como una *weigelia rosea*.

(Se continuará)

## AVISO

Los señores suscritores de Barcelona que deseen adquirir alguno ó algunos de los libros que se vienen anunciando en **LA MOSCA** de vez en cuando; pueden pedirlos á nuestros repartidores, agentes y vendedores, quienes cuidarán de llevarselos á domicilio sin aumento alguno de precio.

Librería de G. Parera, 6, Pino, 6. Barcelona.

## PERSONAJES BIBLICOS.

Dios envía al Rey Achab un espíritu *falaç*.

Página 177 del importante libro de aquel título. Librería de Parera, 6, Pino, 6. Precio 4 pesetas para los suscritores á LA MOSCA ROJA y 6 pesetas para los no suscritores.

## MISTERIOS

DEL

# HOSPITAL

NARRACION REALISTA

DE ESCENAS Y LANCES HOSPITALARIOS Y PATOLÓGICOS,  
MISERIAS HUMANAS, ETC., ETC., ETC.

ENTRE

ENFERMOS, ESTUDIANTES Y LOCOS,

escrita en forma de

Novela descriptiva, médico-filosófica, nosocómica  
y joco-séria, en estilo liso y llano

POR EL DOCTOR

EMILIO SOLÁ

Un abultado tomo encuadrado, de más de 500 páginas.—5 pesetas.

Para obtener esta interesante obra desde fuera de Barcelona, enviar su importe en sellos de franqueo al librero, G. Parera, 6, Pino 6, Barcelona, y se recibe á correo seguido, bien empaquetada y franco de porte.

Si se desea certificada, debe enviarse 1 peseta más.

## LA CONDESITA

(MEMORIAS DE UNA DONCELLA)

por

D. FRANCISCO DE SALES MAYO

Estudio fisiológico, no menos interesante al facultativo que al hombre de mundo.

Cuarta edicion.—CINCO reales.

## Gran gimnasio higiénico para ambos sexos

UNICO EXCLUSIVO EN BARCELONA Y ACADEMIA DE ESGRIMA

DIRIGIDO POR

D. MIGUEL GIBERT

Profesor de la Casa Provincial de Caridad, de varios reputados Colegios de esta capital de las Escuelas públicas del Excmo. Ayuntamiento.

ARCO SAN RAMON DEL CALL, ESQUINA MARLET, 1.